

Los cruceros "Prat" y "O'Higgins" cumplen ejercicios de rutina en el litoral.

EL PAPEL DE LAS FUERZAS ARMADAS EN EL MUNDO DE HOY

Por

Ismael HUERTA Díaz
Capitán de Navío
Armada de Chile

Nada más justo que el espontáneo orgullo con que celebramos el sesquicentenario del poder naval de nuestra Patria. Es un orgullo justo y explicable, porque al mirar retrospectivamente el cuaderno de bitácora de la Armada en su siglo y medio de existencia, comprobamos que una trayectoria histórica brillante respalda la satisfacción que rezuman nuestras almas.

La Institución que nos cobija ha crecido gracias a la preocupación de visionarios gobernantes y al tesón de muchas generaciones de marinos que lucharon con coraje y resolución en la guerra y desplegaron un esfuerzo silencioso y abnegado en la paz. Su ejemplo y su recuerdo no nos abandonarán jamás.

Mas si bien esta trayectoria está cubierta por un halo romántico —que no la hace menos real—, el presente nos coloca ante un mundo convulsionado y el futuro se oculta tras una nube de incógnitas. Estábamos habituados a una escala de valores inmutables, a seguir un rumbo firmemente trazado, pero en el corto espacio de dos décadas, la desorientación amenaza la seguridad de nuestro navegar.

Mientras tanto la juventud, la sana juventud chilena, vive el presente y busca una orientación para el porvenir. Este es un ensayo demasiado modesto para dar respuesta a todas sus interrogantes. Su autor espera, sin embargo que el análisis razonado de las inquietudes pueda servir de ayuda para encontrar las respuestas. La oportunidad es propicia; el recuerdo del zarpe de la Primera Escuadra Nacional y de sus éxitos que señalaron el destino marítimo de Chile, invita a la meditación y al pensamiento.

Para llevar a cabo esta tarea no es posible encerrarse en un marco puramente naval. Todo lo que se diga de la Armada, de su misión, papel y evolución, resulta plenamente aplicable a las demás Instituciones de la Defensa Nacional.

I EL PASADO HISTORICO

La Independencia

En 1810, mientras los ejércitos napoleónicos recorrían Europa tratando afanosamente de afirmar la corona en la testa del Emperador, en Chile un conglomerado de españoles peninsulares, criollos y mestizos escuchaban, sin comprender cabalmente su sentido, las peregrinas ideas de un núcleo de intelectuales que propiciaban el establecimiento de un gobierno propio en reemplazo de la tutela que el bien amado Fernando VII no podía ejercer por encontrarse prisionero de los franceses.

Curioso era este grupo. Aunque heterogéneo en apariencia, exhibía características comunes: arrojo, altivez, vitalidad y hombría. Estimulado primeramente por la palabra y luego por los hechos, se dividió en bandos adversos trabándose en lucha sin cuartel. No se trataba de una colonia en pugna con el extranjero, —la Madre Patria tenía ya bastantes dolores de cabeza con el corso— era un pueblo envuelto en una verdadera guerra civil donde españoles y criollos se enrolaban indistintamente bajo la bandera de la monarquía o en las filas insurgentes.

La actuación de los jefes militares patriotas no ayudaba a aclarar el panorama. Carrera, apuesto y exaltado, no justificaba su rebeldía con una comprensión sensata de la realidad política y O'Higgins tardaba en escalar el sitio que el juicio acuanime de los años le ha erigido. Sin embargo, valiente, indujo en el chileno la convicción de su innato valer militar al hacer frente a soldados que se habían fogueado en la península. Hábil, engendró paulatinamente la idea de la completa independencia. Audaz, decidió con su intrepidez las jornadas estelares cimentando el camino para la total emancipación de América Hispánica. Tenaz y visionario, creó de la nada una Escuadra que se estrenó victoriosa en Talcahuano y llevó a cabo el milagro de una expedición libertadora con las arcas exhaustas.

O'Higgins gobernante

Es preciso realizar un esfuerzo intelectual y remontarse a la época para comprender en su vasta extensión la labor de O'Higgins como Director Supremo. Sin abandonar la conducción de la guerra que se prolongaba con fortuna variable para las armas chilenas y enfrentado a la tarea de organizar un país sobre nuevas estructuras, actuó con acierto y no abusó del poder. Creó instituciones y academias —nuestras Escuelas Militar y Naval datan de este período—. Impuso la ética y la austeridad. Encauzó el espíritu patriota amalgamando los grupos encontrados y sentó las bases de la nacionalidad sin enmarcarla en un estrecho nacionalismo, sino con amplio espíritu americanista. Fue el auténtico e indiscutido creador de nuestros institutos armados donde vació lo más típico y esforzado del pueblo y les dio conductores escogidos aunque tuviese que buscarlos entre los españoles que abrazaron nuestra causa o en el otro extremo del océano. Así encontró a Cochrane, comparable sólo a Nelson en su audacia, y lo proveyó con tripulantes reclutados entre los pescadores del puerto y sus caletas.

No estaba errado O'Higgins en la forma de llevar a cabo sus ambiciosos planes cuando con estos medios humanos fue posible realizar operaciones como la captura de la "Esmeralda" en El Callao y la toma de Corral, hazaña calificada como la más sorprendente de cuantas registra la historia militar de la independencia americana.

Sobrio, ponderado, eficiente y humano, careció tal vez de estatura política para hacer prevalecer sus juicios, más cuerdos y desinteresados que los de otros libertadores contemporáneos, pero imprimió a su mandato ciertos rasgos que la historia destaca: insufló espíritu patriótico en la masa desorientada; dio término a la guerra sin atentar contra las libertades cívicas, y nos legó un digno ejemplo de rectitud, desprendimiento y buena fe.

La era portaliana

Si la abdicación de O'Higgins está rubricada por un intervalo de confusión política que amenazó con destruir lo edificado, la buena estrella de Chile halló pronto al estadista más extraordinario que podía darse en esos tiempos propicios al caos. Porque Portales estableció el imperio de la justicia y de la decencia en un ambiente de civismo cuando las fuerzas militares de otros países gastaban su poder en vanos esfuerzos para lograr estabilidad o para sostener caudillos personalistas. Sentó además las bases del respeto a la investidura del gobernante en lugar de la sumisión al hombre, característica que caló muy hondo en la conciencia de los chilenos.

Si O'Higgins asentó los cuerpos militares traspasándoles su acendrado patriotismo, Portales los subordinó al poder constituido terminando de consolidar el régimen en la Constitución de 1833.

Este aspecto configura una de sus realizaciones más notables. Apenas quince años después de la batalla de Maipo y a escasos siete años del aniquilamiento del último reducto español en Chiloé, precisó el justo nexo entre políticos y militares, mientras estos últimos ostentaban fresca la justa vanagloria de haber afianzado la independencia política. Caso único en el continente latinoamericano al conjugar en tan breve tiempo el papel de la fuerza armada con la madurez cívica, permitiendo que el militar fuera antes que nada un profesional, jamás un político o un terrateniente con uniforme, única fórmula que permite la identificación del pueblo con sus institutos armados. Así se explica como, aunque muerto, fue Portales el verdadero desbaratador de las pretensiones hegemónicas de Santa Cruz al cohesionar el espíritu del pueblo chileno que hizo suyas la guerra y el triunfo.

Los decenios.

Simbólicamente, fue no obstante un militar el primer gobernante que se beneficiara de la herencia portaliana. Bulnes, vencedor de Yungay, recibió un país que marchaba a la cabeza de los pueblos hispanoamericanos.

No olvidemos que si bien Portales había estimulado los trabajos de Fitz-Roy intuyendo la necesidad de conocer mejor los territorios australes que correspondían al patrimonio nacional, tocó a Bulnes incorporarlos de hecho disponiendo la toma de posesión del Estrecho de Magallanes.

Continuando en la senda ya trazada, entregó el joven país en pleno ritmo ascendente de progreso al primer gobernante civil, el presidente Manuel Montt.

Durante el gobierno de Montt, afianzado el poder del Estado, con las finanzas en orden y un Ministro eficiente de la talla de Varas, se dieron las condiciones para el auge de la cultura y se consolidó el imperio del Código y del derecho.

Cuando asumió el presidente José Joaquín Pérez, todo hacía presagiar que Chile continuaría por la ruta del progreso pacífico como merecida recompensa al esfuerzo y a la sabia conducción de los gobernantes.

Los conflictos internacionales.

Aparece ahora en escena, sin embargo, el factor adormilado de la interferencia externa.

La ocupación de las islas Chinchas por España hizo rebrotar el sentimiento americanista materializado en la total adhesión de Chile a la causa continental seguido —moralmente— por los demás países americanos. Se vio nuestro país envuelto en una guerra cara y dolorosa, arrastrado por su incurable buena fe. Allá zarparon los viejos buques suspendiendo sus labores de paz sin desperdiciar la ocasión de hacerse de una presa — la goleta "Covadonga" — y de señalar algunos nombres que más tarde volverían a hacer historia. Se cernía sobre la patria la figura de O'Higgins y su inquietud por afianzar la emancipación de América; la visión de Portales para calificar la gravedad del peligro externo y el sempiterno quiotismo de los chilenos para acudir en auxilio del hermano amenazado. Apenas acallados los ecos del bombardeo de Valparaíso y cuando el país no se reponía aún de los daños infligidos comenzaron las dificultades vecinales, los celos y los problemas limítrofes en las zonas imperfectamente definidas. Acá se inicia verdaderamente esta era, hace ya un siglo, pues el Protector Santa Cruz constituyó un fenómeno aislado. Ahora, en cambio, entran en escena ideologías hegemónicas y ambiciones en tan alto nivel que marcan un notorio retroceso en la posibilidad ya bastante remota de la unión hispanoamericana. Como lógica consecuencia, las fuerzas armadas se preparan para asumir su papel de custodias de la soberanía.

Así nos sorprende la Guerra de 1879. En el terreno político, un gobierno civil de espíritu pacífico, pero digno y altivo. En el plano militar, un ejército y una marina con medios, si no óptimos, al menos suficientes para hacer frente a dos vecinos. En el ámbito ciudadano, un pueblo patrióticamente integrado, consciente de sus derechos soberanos, satisfecho de la actitud de sus gobernantes e identificado con sus fuerzas militares.

Los resultados de la guerra consagraron y fortalecieron estos atributos. El país realizó la hazaña insólita de llevar a cabo una campaña y elección presidencial antes del término de las hostilidades. El Ejército y la Armada hicieron honor a sus tradiciones y, en espontáneo y significativo gesto, no ensalzaron tanto las grandes victorias como el sentido moral de las acciones bélicas. Veneraron el denuedo heroico: Iquique y la Concepción. Oficiales y tropa marcharon en comunión

hacia un mismo ideal y objetivo y el pueblo se sintió más identificado que nunca con ellos. Era la consecuencia de la forja de la nacionalidad, el efecto de la solidaridad antes que la lealtad personal (*).

El auge económico que desató la industria del salitre y la conciencia de la fuerza militar que descansa en el valer humano, permitieron a Chile en los años siguientes mantener un equilibrio con los países vecinos que nos aseguró muchos años de paz; paz armada pero segura. La eficaz colaboración de misiones extranjeras transformó nuestros institutos armados en cuerpos profesionales altamente eficientes.

La guerra civil.

La revolución de 1891, que interrumpió al cabo de sesenta años la era iniciada por Portales, constituye un caso inesperado en el proceso del desarrollo cívico-institucional, incomprensible para los que no conocen el curso de los acontecimientos. Un gobernante íntegro y capaz, un parlamento celoso de sus atribuciones y unas fuerzas armadas apolíticas que vacilaban entre la lealtad al Ejecutivo y el apoyo al sentido de legalidad esgrimido por el Congreso. Obligadas a pronunciarse y a luchar, se alejaron de la arena política tan pronto las armas decidieron el resultado, y don Jorge Montt sólo accedió a postular al sillón presidencial tras insistentes rogativas y previa convicción de que, en las circunstancias en que asumía el poder, contribuiría mejor que otro oponente a calmar los odios y rehabilitar el país. Cumplido su período constitucional se reintegró calladamente a su puesto en la Armada.

Las guerras mundiales.

Organismos profesionales eficientes y satisfactoriamente dotados, las fuerzas armadas se entregaron de lleno a sus tareas específicas. De sus filas surgieron jefes de enorme prestigio, verdaderos héroes de la paz que se recuerdan con admiración y respeto. No hay porteño viejo en Valparaíso que no venere la memoria de un Gómez Carreño.

La Primera Guerra Mundial, que nuestros pueblos siguieron en calidad de espectadores y donde la Armada actuó como guardián de la neutralidad, despertó aún en mayor grado el interés por el estudio académico de los temas militares.

Al mismo tiempo, las fuerzas armadas no podían dejar de observar la marcha de los sucesos nacionales y mundiales. Veían que, como reflejo de la situación europea, se despertaba en el pueblo la inquietud de las reivindicaciones sociales y empezaba a escucharse un rumor sordo, no siempre acogido por las clases tradicionales y sin embargo de una impetuosidad que fructificó en una avanzada legislación social y en una reforma a la Constitución de 1833.

(*) Conocida es la anécdota del Almirante Lynch visitando a los heridos después de la batalla de Miraflores en compañía del Almirante francés du Petit Thouars quien, incrédulo, no podía convencerse del triunfo de las armas chilenas ante las posiciones fortificadas, hasta que escuchó de labios de soldados rasos: "Nosotros no peleamos por un Fulano, peleamos por la Patria".

En Europa había surgido la Sociedad de Naciones tras la anhelada finalidad de "promover la cooperación internacional y lograr la paz y la seguridad". El estrepitoso fracaso de la Conferencia de Desarme tornó escépticos a los gobiernos y más aún a los militares (*).

La Segunda Guerra Mundial, a pesar de la suspensión de relaciones con las potencias del Eje decretada en 1943 y la posterior declaración de guerra al Japón, sólo impuso la custodia de la soberanía marítima con el consiguiente patrullaje de nuestro extenso litoral. La Armada lo cumplió con el mismo excelente espíritu que prevalecía en los demás cuerpos militares. Atrás quedaban la triste experiencia de una fugaz intervención para atender el clamor de las masas populares y las fallidas esperanzas de paz universal. Se afirmaba la convicción de atenerse a una misión claramente establecida y al estricto cumplimiento del deber señalado por el ejemplo de numerosas generaciones que habían cimentado un orden basado en los conceptos inmutables de honor, patria, soberanía, nacionalidad y disciplina.

II LA REALIDAD DEL PRESENTE

La postguerra en Europa.

Aunque situados en la posición geográfica más alejada con respecto al mundo occidental, jamás hemos dejado de acusar el reflejo de su evolución política, socio-económica y cultural. El progreso formidable en las comunicaciones mundiales derivado del incremento de la tecnología no podía sino acentuar esta particularidad.

El término de la Segunda Guerra Mundial y el consiguiente derumbe de grandes estados nacionales trajo como reacción un anhelo europeo de agruparse en un marco más amplio que el de los estados-naciones clásicos. La idea encontró apoyo. Los Estados Unidos querían ayudar en la reconstrucción de Europa (Plan Marshall) y la tarea se les facilitaba si la encontraba unida; al mismo tiempo, el poderío militar de la URSS constituía un peligro tanto mayor cuanto que en los países de Europa Occidental surgían partidos comunistas poderosos. Finalmente, en Europa no había reconstrucción posible sin Alemania y era preciso permitirle el resurgimiento industrial manteniéndola bajo control a fin de que no volviera a transformarse en amenaza militar.

Sin embargo, ni la idea inicial de marchar hacia una integración política de tipo federal ni la creación de una Comunidad Europea de Defensa prosperaron. En cambio el plan Schumann para colocar toda la producción del carbón y del acero de Francia y Alemania bajo el control de una alta autoridad fue acogido y aplicado con éxito y condujo, en 1955, a la firma en Roma del tratado que creó la Comunidad Económica Europea con la inclusión de Italia y los países del Benelux. Nació así el Mercado Común Europeo o Europa de los Seis, para diferenciarla de la Europa de los Siete (Asociación Europea de Libre Comercio) que bajo el timón de Gran Bretaña ha conocido una etapa de progreso efectivo, aunque no tan espectacular como la de los Seis. Detrás del Telón de Hierro se organizó similarmente una Comunidad Económica (el Comecon) cuyos resultados se conocen imperfectamente.

(*) Ver "Revista de Marina" números 495 y 496 de 1940, "Desarme".

El Mercado Común Europeo

El peligroso enfrentamiento de las dos superpotencias se apaciguó y se transformó en "la guerra fría" cuando ambas adquirieron una capacidad termonuclear suficiente para destruirse entre sí. Aún cuando los intentos de desarme debatidos en el marco de la Organización de Naciones Unidas no fueron más fructíferos que los de la Sociedad de Naciones, se llegó al menos a un acuerdo de proscribir las pruebas nucleares en la atmósfera (al cual no adhirieron Francia ni China).

En un ambiente más tranquilo la Europa de los Seis empezó a desarrollarse en forma vertiginosa aunque no siempre suave. La aspiración de fijar una estrategia política para la unificación europea condujo a la adopción de tres fórmulas sucesivas. Vimos que la primera, el federalismo, no tuvo éxito. Se demostró incapaz de movilizar las fuerzas vivas de los pueblos y cedió su lugar al funcionalismo que, aceptando cierto grado de delegación de soberanía a organismos supranacionales, buscaba, a través de conveniencias económicas, un camino hacia la integración política. No tardó esta fórmula en derivar a un retorno a la nación soberana y a la prioridad de los objetivos políticos, si bien con el propósito de transformar los viejos nacionalismos en un solo nacionalismo europeo. Aparece inevitablemente en este caso una nación rectora (confederadora).

En el trasfondo de estos diversos ensayos se mueven dos tendencias en constante pugna: el anhelo de alcanzar cierto grado de unificación política que destierre para siempre las mortíferas rivalidades del pasado, y el afán de liderazgo de una nación confederadora. Pero la pugna no detiene el progreso. A través de los sistemas descritos y de los roces interestatales, se aprovecha toda conyuntura en que convergen los intereses económicos para dar un paso adelante. Los resultados están a la vista.

Pruebas al canto: entre 1947 y 1965 Alemania multiplicó por 5 su producto nacional bruto con relación a 1938. Francia e Italia lo multiplicaron por 3. Las exportaciones alemanas se multiplicaron por 8, las de Francia por 4,5 y las de Italia por 5. Las importaciones en Alemania, de 1938 a 1965 se multiplican por 8, en Italia por 6 y en Francia por 3. En suma, un desarrollo espectacular.

El subdesarrollo en Latinoamérica

Espectadores de la situación mundial y a sabiendas de la inevitable repercusión que ella tiene en nuestra región, los países latinoamericanos, se sacudieron del temor a la guerra atómica global y analizaron su propia condición de desarrollo llegando a las siguientes conclusiones:

Al cabo de un siglo y medio de independencia política, la tasa de crecimiento va en disminución y ha llegado al 1,1% mientras los países industrializados avanzan a un ritmo entre el 4,5% y el 8%. El ingreso medio per cápita es de 430 dólares al año en tanto que el promedio mundial, incluidas Asia y Africa, llega a 600 dólares. En Estados Unidos bordea los 3.000 dólares y en algunos países hermanos nuestros es inferior a 100.

La CEPAL ha calculado que, de mantenerse el ritmo actual, a fines del siglo los latinoamericanos dispondríamos de un ingreso per cápita de 650 dólares, o sea, levemente superior al que en 1968 tiene el hombre medio en el mundo.

El Secretario General de las Naciones Unidas expresó no hace mucho que si los países en desarrollo lograsen una tasa mínima anual de crecimiento de 5%, —unas cuatro veces superior a la que existe en Latinoamérica— tardaríamos ochenta años en llegar al nivel de vida que hoy tiene Europa Occidental y ciento veinte años en alcanzar el que hoy tiene Estados Unidos. Luego, sin una mejora notoria, es decir, con la tasa de crecimiento real que tenemos ¡requeriremos más de tres siglos para vivir como hoy lo hace Europa!

Pero esto no es todo. La distribución del ingreso es tan dispareja que los grupos más altos reciben entradas veinte veces superiores al promedio de los sectores desposeídos. Tenemos un déficit superior a 20 millones de viviendas y 50 millones de adultos analfabetos. Nuestra mortalidad infantil es de las más altas del mundo. Las inversiones extranjeras son inferiores a la succión que significa el permanente deterioro de los términos del intercambio. El régimen de tenencia de la tierra es casi feudal y el uso de las técnicas en agricultura tan rudimentario que veinte campesinos latinoamericanos producen lo que uno en Estados Unidos o Canadá (*).

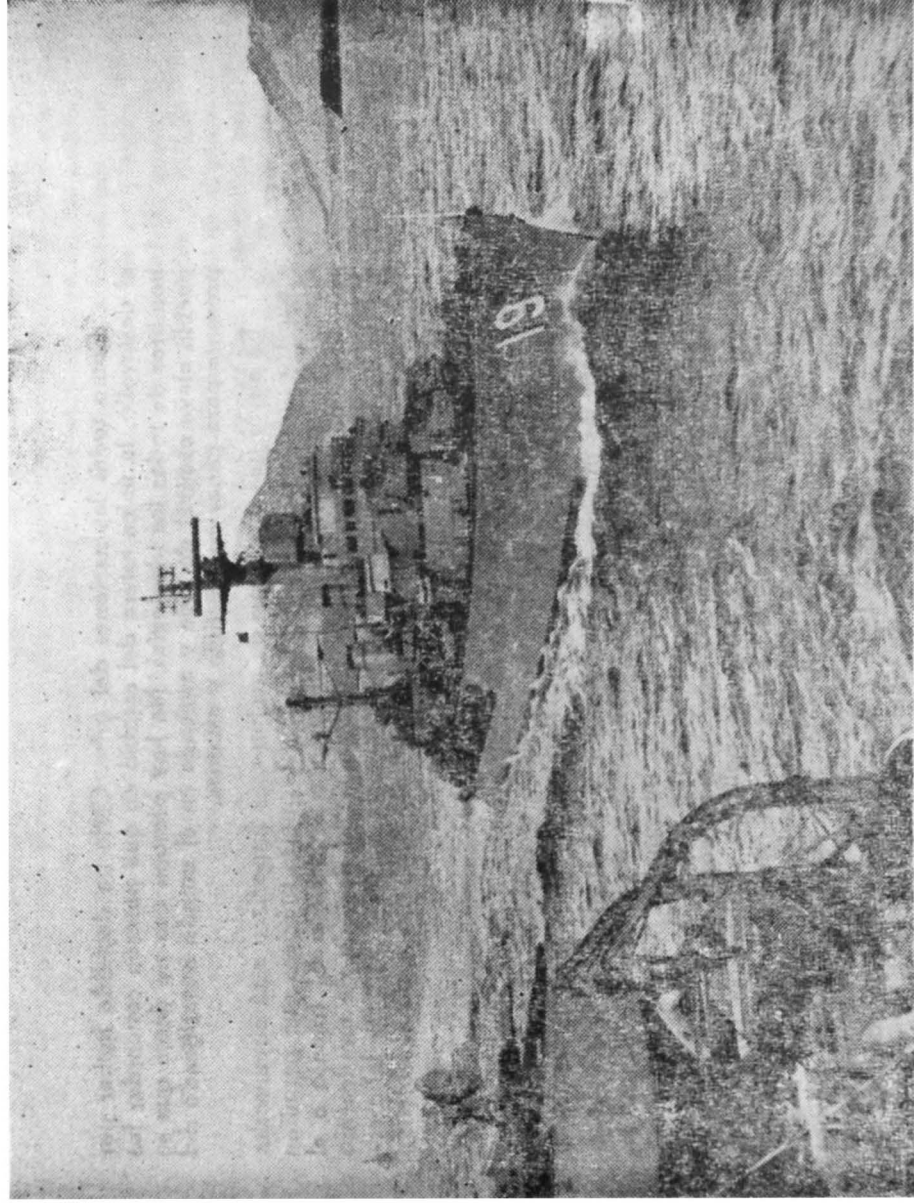
Las cifras reproducidas son tan aterradoras que es innecesario referirse a otros criterios para medir el grado de desarrollo. Señalemos únicamente que en la clasificación clásica (superpotencias, países industrializados y países subdesarrollados) aparecemos insertados en la amplia gama que se disemina en el extremo inferior del cuadro, y que la brecha que nos separa de las potencias se ensancha día a día, pues nosotros mismos contribuimos con la exportación de nuestras materias primas agrícolas o mineras a la industrialización de los países poseedores de la tecnología avanzada.

El lector habrá advertido, sin duda, un brusco cambio de estilo. Es que la verdad dramática nos ha trasladado sin miramientos desde un pasado, idealizado tal vez por la perspectiva del tiempo, pero donde nuestro país se permitía el lujo de exhibirse con orgullo, al bajo mundo del subdesarrollo donde no bastan nuestra depurada trayectoria cívica ni las glorias militares ante la prosa de los números. Además, de repente, hemos empezado a pensar y a hablar como latinoamericanos.

El cambio de tono no es antojadizo. Hemos sido arrojados del cosmos del ensueño al ápero terreno de las realidades, del idealismo al pragmatismo. Estamos viviendo en breve plazo un proceso que otros países recorrieron en un período prolongado: integración nacional con incorporación de las masas a la ciudadanía, revolución industrial, revolución social y, ahora, planes de integración regional. La situación resultante no puede ser sino de desorientación, incertidumbre y turbulencia. El ritmo acelerado de cambios en el orden político, social, económico, científico, religioso, etc., somete a dura prueba todo lo que es convencional y doctrinario sin exceptuar lo militar. Principios y valores que nos parecían inmutables sufren violentas estrepadas cuyos resultados aún no podemos vislumbrar.

No es fácil orientarse en esta maraña. Pero ¿es posible permanecer impávidos ante la abrumadora realidad? ¿Nos conformaremos con ser simples espectadores arrastrados por la corriente o trataremos de ser actores con voluntad propia en el proceso histórico?

(*) Los datos estadísticos fueron citados por el Decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile, don Eugenio Velasco Letelier, en la sesión inaugural de la Segunda Conferencia Latinoamericana de Ciencias Políticas y Sociales, en el Salón de Honor del Congreso Nacional (Octubre de 1960).



El DD. "Williams" en patrullaje de rutina en los canales del sur.



Ante el desafío cuyo desenlace apasiona al mundo entero y a cuya solución se abocan los organismos internacionales, los gobiernos y los individuos, los miembros de las Fuerzas Armadas no podemos marginarnos de la inquietud general. Como ciudadanos nos preocupa el futuro del país. Como profesionales nos preguntamos qué función nos corresponde cumplir. ¿Quién de nosotros no alberga esta interrogante en un rincón de su mente?

Chile escoge la integración

Como todas las naciones del orbe, Chile ha decidido luchar por el desarrollo, la única esfera del cambio en que parecen concordar los hombres de todas las ideologías. No hay persona que no desee que su pueblo eleve el nivel de vida y ascienda en el mundo estratificado del presente para ganar en prestigio y estatura.

Es obvio que el campo de acción más inmediato está circunscrito a nuestro propio esfuerzo, pues no hay fórmulas mágicas que permitan superar el subdesarrollo en la inacción o la desidia. El fracaso o el éxito dependerán, en primera instancia, de la decisión de emplearnos a fondo como individuos en el ámbito de nuestras propias labores. Vencida esta etapa, se requerirá un empuje conjunto hacia el objetivo común.

Los países latinoamericanos han elegido como meta la integración regional con el respaldo de lo más representativo de su inteligencia y nuestro gobierno ha manifestado de modo inequívoco su propósito de lograrla. Conviene, por lo tanto, definir con precisión su significado.

Entre las muchas y variadas definiciones elegiremos la de Felipe Herrera, Presidente del Banco Interamericano de Desarrollo que no en vano ha sido llamado el Banco de la Integración. Dice Herrera que es "un proceso que promueve un desarrollo más acelerado, armónico y eficiente de las economías nacionales en el contexto de un mercado regional, mediante la aplicación de políticas deliberadas formuladas por los propios países participantes en el seno de los organismos de integración". En otras palabras, integración es trabajo en comunidad en beneficio de todos, unificación para adquirir la fuerza que nos permitirá asumir una actitud firme ante los países desarrollados, pesar en el concierto mundial y tener influencia para actuar de consuno en pos de mejores condiciones de vida.

Es esta conciencia de incremento de poder para imponer la presencia latinoamericana la que ha provocado la unidad de pareceres en cuanto a la conveniencia de la integración regional. Más aún, no sólo hay acuerdo en la necesidad de integrarse, sino también en reconocer que la integración es un proceso en marcha e irreversible cuya evolución es indispensable controlar para que se verifique en provecho nuestro y no de otras naciones más desarrolladas.

Si examinamos más detenidamente la definición de Felipe Herrera veremos que visualiza la integración como un proceso de desarrollo, la ubica en los planos económico y político, fija el requisito de la autonomía e introduce el concepto de instituciones regionales (supranacionales). Esboza un esquema donde el desarrollo es la meta, la integración el medio y la autonomía una exigencia.

El término autonomía es sinónimo de independencia. La lucha por la independencia política que reseñamos brevemente al comienzo de este artículo no marchó sincronizada con la independencia económica y caímos en la órbita de países más desarrollados. Sólo al cabo de ciento cincuenta años comenzamos a pensar seriamente en una integración que nos puede conducir a la independencia económica.

Tipos de integración

La pregunta que siempre surge al abordar este tema es si se persigue una integración política de las repúblicas latinoamericanas o una integración meramente económica. Los profesionales de las armas tienen especial interés en conocer la respuesta. Si nos remitimos una vez más a la definición de Felipe Herrera, veremos que se plantea una formulación y acción políticas para promover el desarrollo económico. En realidad, ambos conceptos marchan aparejados y difícilmente pueden separarse. Se tiende a enfocar la integración en el plano económico y a abordar la solución de las inevitables implicancias políticas que aparezcan a medida que se vayan presentando. Si esta respuesta peca por ambigua, esperamos que más adelante se aclarará. En todo caso puede afirmarse que, por el momento, no se pretende una unión política de tipo federal.

Un proceso integrador puede llevarse a cabo por iniciativa y bajo control de los países interesados o por imposición de países desarrollados. Integración interna o externa, "desde adentro y desde abajo o desde afuera y desde arriba" (*). Acá es donde cobra importancia el requisito de la autonomía. Es un hecho que nuestras economías han estado total o parcialmente integradas a otros países, España y Portugal durante la Colonia, Inglaterra después de la Independencia y Estados Unidos en la actualidad. Ahora queremos que la integración vaya en beneficio directo de la región.

La integración puede ser pacífica o violenta. La segunda es la que unificó a Estados Unidos en la Guerra de Secesión, a Alemania en la guerra austroprusiana y a Italia en tiempos de Garibaldi. Es la que se intentó en Europa Oriental después de la Segunda Guerra Mundial (Polonia, Hungría) y es también la que se ha ensayado en América Latina a través de la lucha de guerrillas que, en su afán de levantar los pueblos contra el imperialismo, constituye también una posible vía de integración. Aunque desprestigiada tras el fracaso de Ernesto Guevara en un medio que no respondió al llamado a la violencia y reprimida en otros países por los ejércitos regulares, la guerra de guerrillas es una vía de acción que no debe menospreciarse.

La posición de Chile es clara: descartamos de plano la integración por la vía violenta y propendemos a una integración interna, pues queremos que sea un proceso latinoamericano. Es prematuro, en cambio, aseverar enfáticamente que marchamos hacia una integración política total. A lo sumo prevalece "el concepto de la interdependencia entre la aspiración al desarrollo económico y social y la necesidad de la integración regional".

(*) Antonio García, "El diálogo latinoamericano en el Seminario de Arica". Estudios Internacionales, edición Abril-Junio de 1968.

El camino hacia un mercado común latinoamericano

Enfocada la integración regional en el plano del desarrollo económico, aparece la necesidad de contar con alguna forma de planificación de las inversiones en escala regional. El modo más viable de lograrla es en el marco de un mercado común.

La teoría de la integración distingue, según el grado de cohesión que se desee, las fórmulas siguientes:

— la **Zona de Libre Comercio**, en que se busca la creación de un solo escenario para la importación y exportación recíprocas, suprimiendo paulatinamente, mediante desgravaciones negociadas a automáticas, los aranceles internos entre países miembros.

— la **Unión Aduanera** en que, avanzando en la integración comercial, se unifican las tarifas con respecto a países extrarregionales.

— el **Mercado Común**, que no sólo presupone un solo espacio para la actividad comercial mediante la desgravación interna, sino el acuerdo entre las naciones constituyentes de objetivos comunes de desarrollo económico y de bienestar social. Es decir, lineamientos solidariamente convenidos sobre política comercial, orientación de las inversiones, coordinación de normas y políticas monetarias, fiscales, agrícolas y sociales, y en materia de transportes y comunicaciones. El conjunto de medidas en fin, que permita la realización plena de un mercado común: la libre circulación de capitales, personas y servicios dentro del área económica integrada (*).

Como puede apreciarse, un mercado común es la forma más avanzada de la integración económica. En la Europa de los Seis ha probado con creces su eficacia y es la aspiración de América Latina. En su definición encontramos el lazo de unión entre la integración económica y la integración política: el manejo conjunto de los asuntos económicos requiere una política de desarrollo y una voluntad política formulada, no a nivel nacional sino regional, a través de los organismos supranacionales designados. Esta coordinación entre factores económicos y políticos se proyecta al plano externo, pues la cohesión regional de países en desarrollo tiene entre sus objetivos coordinar una acción común en el campo de las relaciones económicas internacionales. Si bien la coordinación es impulsada por motivaciones económicas, se establece y se sostiene a través de la decisión política.

La marcha del proceso integrador en Latinoamérica

Si bien el Plan Marshall encontró en Europa una base sólida en lo político, social, cultural y — especialmente — científico que sólo precisaba de ayuda económica para resucitar el poderío industrial, la situación latinoamericana es muy diversa, pues la diferencia entre factores homólogos es inmensa y, por consiguiente, la tarea mucho más ardua. Pero no es imposible de llevarse a cabo.

Cinco naciones de América Central han formado un Mercado Común — regido por el Tratado de Managua — que ha cuadruplicado el comercio intrazonal y constituido un grupo con una capacidad de negociación equivalente al país medio sudamericano.

(*) Felipe Herrera, "Bases Institucionales y Económicas para un Mercado Común Latinoamericano".

La Asociación Latinoamericana de Libre Comercio — ALALC — creada por el tratado firmado en 1960 en Montevideo, agrupa a nueve países sudamericanos y Méjico, representando el 94% del producto bruto regional y casi el 90% de las población latinoamericana. Es cierto que la ALALC marcha lentamente, pero no deja de constituir un logro importante como primer paso para un mercado común.

Independientemente de este organismo regional surgen otras vías alternativas. La más promisoría hasta el momento es el Grupo Andino, gestado en la Declaración de Bogotá en 1966 y cuya meta es el establecimiento de un mercado común subregional. A diferencia de la ALALC la Corfo Andina posee un organismo capaz de pensar en términos supranacionales y parte de un punto de vista más real y práctico cual es la coexistencia a lo largo de los Andes de riquezas, intereses y características comunes o complementarias. La incorporación de los productores, industriales y empresarios le imprime semejanza con la Comunidad Económica del Carbón y del Acero que dio origen a la Europa de los Seis e induce a mirar con optimismo su futuro.

III PERSPECTIVAS PARA EL PORVENIR

Henos acá enfrentados a la realidad de un mundo que no se satisface sólo con la madurez cívica, con el orgullo de la tradición democrática ni con el recuerdo de los próceres. De un mundo que descarta los viejos nacionalismos y crea organismos supranacionales, pero continúa conformado por naciones soberanas. Que abomina del militarismo aunque está regido en alta proporción por hombres de armas. Que propende a la suspensión de los conflictos bélicos, pero ha montado la máquina militar más formidable de la historia. Que predica la lucha contra el subdesarrollo, pero gasta ingentes sumas en programas militares. En medio de él, los pueblos latinoamericanos observan con recelo y cautela esta encrucijada de la historia y acusan dentro de sus fronteras la violencia y las inquietudes mundiales, de las cuales los movimientos juveniles no son las menos importantes.

Atrapadas en la vorágine y reflejando inevitablemente los ecos de las convulsiones externas, las Fuerzas Armadas buscan con avidez el rumbo que, no hace mucho aún, aparecía tan claramente definido. ¿Han cambiado las normas sagradas? ¿Están caducas las firmes convicciones adquiridas en la dilatada vida profesional, heredadas de nuestros padres y respaldadas por siglo y medio de vida independiente?

Ensayemos una aventura en la zona de la reflexión, pero ahora dentro del marco crudo y realista del presente tal como acabamos de vislumbrarlo.

La misión de las Fuerzas Armadas

Ayer u hoy, en Chile o en cualquier otro país del orbe sin intenciones hegemónicas, la misión primordial de una fuerza armada es la defensa de la soberanía nacional.

Otras son las misiones de orden secundario. Una situación especial puede obligar a un país a emplear circunstancialmente sus cuerpos armados en tareas de diversa índole tales como mantenimiento del orden constitucional, actividades de bien público, ayuda ante una

emergencia e incluso en labores en pro del desarrollo. Pero tales acciones son transitorias y se llevan a cabo porque las fuerzas armadas existen y tienen capacidad y eficacia. No sería concebible crear un cuerpo armado, con todo lo que implica de armamentos modernos y costosos y de personal altamente adiestrado, para emplearlo exclusivamente en funciones de policía o en proyectos específicos de desarrollo donde un equipo especializado puede ejecutar una labor permanente a menor costo.

Debemos concluir, entonces, que la seguridad nacional sigue reclamando fuerzas armadas con la misma finalidad que en el pasado. Toda otra deducción pecaría de ingenua. Recordemos la fría acogida de la propuesta chilena a una limitación de armamentos en Latinoamérica y la resistencia de algunos países a firmar el tratado de desnuclearización de la región.

Consideremos entonces cómo se conjuga nuestra misión con un proceso de desarrollo. Se suele escuchar en ciertos medios de tendencias pacifistas que los organismos militares, debido al alto costo inherente al armamento moderno, son un obstáculo para el desarrollo.

Un análisis elemental demuestra la falacia del razonamiento. La verdad es diametralmente opuesta: seguridad y desarrollo son conceptos congruentes y complementarios. Para llegar a un entendimiento regional no se concibe una actitud que no cuide la dignidad y el prestigio que permiten dialogar con los países amigos en un plano de igualdad y de respeto. ¿Cómo lograrlo sin poseer un poderío militar que presente un mínimo de fuerza disuasiva?

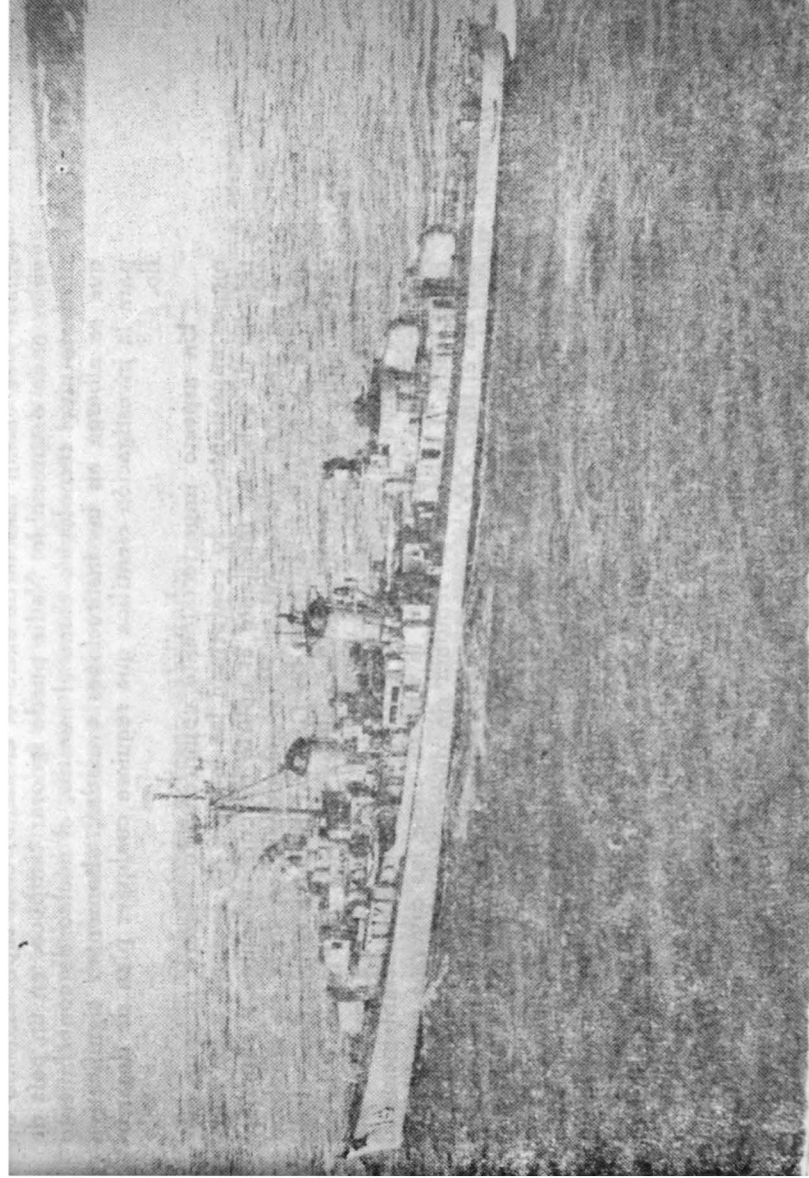
El desarrollo y la integración requieren de un acuerdo que se alcanzará cuando se encuentren y exploten los intereses comunes, cuando se tomen los caminos que converjan hacia el beneficio de la región. Pero llegar a la mesa de las discusiones en situación de inferioridad equivale a ir resignado a aceptar condiciones y aprobar los puntos de vista del más fuerte, situación que ningún país en su libre albedrío aceptaría. Tal es la realidad mundial mientras no se llegue a esa condición ideal que permita reducir apreciablemente los institutos armados y seguir viviendo en paz, y tal es también el caso en nuestra América Latina.

Miremos ahora la otra cara de la moneda: necesitamos organismos militares bien dotados, pero para obtenerlos sin restar mejores condiciones de vida a nuestros pueblos no hay otra vía que avanzar hacia el desarrollo. Por eso decíamos que seguridad y desarrollo se complementan: no habrá desarrollo autónomo sin fuerzas armadas ni tendremos fuerzas militares adecuadas sin desarrollo económico, social, cultural, científico y tecnológico.

Contribución al desarrollo

Establecida la necesidad de coexistencia de la seguridad y el desarrollo, veamos cuáles pueden ser las formas de contribución de aquélla para con éste.

La más importante, sin lugar a dudas, es dar protección al país para que los gobernantes puedan imprimir con tranquilidad el ritmo de desarrollo a que aspiramos. Es elemental proteger lo que se construye y, si el desarrollo requiere autonomía, hay que defenderse de las presiones que actúan desde afuera y desde adentro. En otras palabras, la principal contribución que las instituciones armadas pueden aportar al desarrollo es el estricto cumplimiento de sus misiones específicas.



El DD. "Bianco Encalada", otro de los guardad'oros de la soberanía nacional, en navegación.



En segundo término se alinean muchas otras vías de contribución, directas e indirectas. Tareas en el campo de las comunicaciones, enseñanza, hidrografía, astilleros, meteorología, seguridad de la navegación marítima y aérea, apoyo a zonas aisladas, investigación y control, y tantas otras que los cuerpos armados realizan tradicionalmente con cargo a sus propios presupuestos, constituyen un apoyo sustantivo al progreso y a la infraestructura general del país. A lo anterior podríamos sumar las tareas eventuales recién mencionadas.

Especial importancia tiene la formación cultural, tecnológica, física y moral que se imparte en los cuerpos militares. Sus características de disciplina y cohesión se irradian cualitativamente al ámbito familiar y se vacian más tarde entre el elemento civil representando un valor nada despreciable. Nadie puede ignorar tampoco, en un país de modesto nivel tecnológico como el nuestro, el núcleo de conocimiento que se alberga en las instituciones armadas, altamente significativo para la investigación científica que requiere cualquier plan de desarrollo.

Un aspecto imperfectamente comprendido —pero no por ello menos importante—, lo conforman las labores de asesoría a las autoridades de gobierno mediante el aporte de conocimientos y experiencia en materias profesionales. Para entenderlo en toda su amplitud medítese en la valiosa opinión del General Beaufre refiriéndose al divorcio entre la conducción de la política exterior de Francia y la organización de la Defensa Nacional: "Es en esta práctica visiblemente errónea donde yace la falta más grave. Incumbe incontestablemente al gobierno cuyo papel es hacer la síntesis entre las diversas actividades del Estado. La causa se remonta sin duda muy lejos, a la época en que, en el siglo XIX, se separó artificialmente el dominio civil llamado político, del dominio militar, llamado estratégico. La idea que la paz y la guerra se suceden creando una discontinuidad en la cual las responsabilidades pasan alternativamente de los "políticos" a los "militares" había permitido al comando militar construirse una especie de dominio privado, cubierto por el secreto, a cambio del cual, por otra parte, su competencia no podía extenderse al dominio llamado político.

Fue preciso el drama de 1940 para que se viera a un general con mando en jefe sentarse —como simple consultor y creo que una sola vez— en el Consejo de Ministros. En ningún momento ni los "políticos" ni los "militares" han cubierto la visión total del problema. Por lo tanto, Francia no tenía ejército para su política ni política para su ejército. En coyunturas tan graves, este divorcio no podía ser sino mortal. (*)

No incurramos nosotros en el error de olvidar que constituimos estructuras institucionales que son pilar fundamental del Estado y están para respaldar la acción de gobierno. Afortunadamente, en las esferas gubernamentales ha prendido la idea de que las profesiones militares deben tomar responsabilidad en los asuntos nacionales, no sólo en lo relacionado con la política internacional sino también en la programación del desarrollo.

Por otra parte, los militares son los maestros de la estrategia y se dedican a su estudio con ahinco. Sus conocimientos no tienen aplicación exclusivamente bélica sino universal. La misma integración, entre

(*) General Beaufre. "Enseignement des Années 1935-1939 et l'Avenir". Revista "Stratégie", número Noviembre-Diciembre 1967.

muchos otros problemas, puede abordarse mediante un enfoque puramente estratégico. "El pensamiento actual en materia estratégica define esta disciplina más como un método de pensamiento que como una doctrina única, lo cual implica un concepto amplio que ve en la estrategia un arte de distribuir y aplicar para medio satisfacer los fines de la política y que puede ser utilizado en cualquier campo de la actividad humana". (*) Una cabal asesoría de los expertos puede resultar de innegable valor. La clásica definición de Clausewitz sigue siendo válida y aún reversible, es decir, la política es la continuación de la guerra por otros medios.

La realidad presente confirma una vez más que la vida civil y los períodos de paz se benefician con las enseñanzas que dejan las guerras. Mucho se les debe en materia de organización, administración y planeamiento público y privado, lo que nos abre un camino insospechado de contribución al país en tiempo de paz.

Obligaciones y responsabilidades

La convicción de ser útil, más que satisfacción implica responsabilidad. Cuando el gobierno pide asesoría o cuando una Universidad formula invitaciones para un estudio conjunto, vemos con complacencia un reconocimiento a la educación militar. Mal pudiéramos defraudarlos negando la colaboración o, peor aún, fallando por incapacidad. La demanda nos impone tres requisitos ineludibles: el dominio de las materias profesionales que nos son propias, un conocimiento acabado de los problemas que plantea el desarrollo y una integración interinstitucional previa en el plano mental, es decir, un estrecho contacto y amplio acuerdo entre las fuerzas armadas sobre la mejor forma de alcanzar las metas que el país nos ha fijado.

Cumpliendo con estos requerimientos no quedaremos al margen del cambio sino que, al conocerlo, favoreceremos el proceso en marcha. No es posible desentenderse de las inquietudes y progresos del medio cuando se es parte fundamental de la nación, ni podemos desmerecer en prestigio y consideración eludiendo el apoyo que la ciudadanía consciente reclama. La fuerza de cohesión y los principios de disciplina propios de los institutos armados los señalan más para asumir una posición de liderazgo moral que para marchar a la zaga. Adecuadamente encauzados, permiten realizar una labor positiva sin descuidar la función primordial de custodiar la soberanía nacional.

Poder civil y poder militar

Aún cuando en este país de profunda raigambre democrática la posición relativa de estos términos no merece dudas y, por lo demás, se define sola en la primera parte de este artículo, no está demás recalcar la norma inalterable: el poder militar está en todo momento subordinado al poder político. Si las Fuerzas Armadas tienen acceso a la conducción del país a través de la expresión de su opinión profesional, hay una frontera claramente delimitada que no puede traspasarse. Estamos atados a ello por tradición, por mandato constitucio-

(*) Gustavo Lagos. "La Estrategia política de la integración: el problema latinoamericano". Trabajo presentado al Seminario de Arica, Enero 1968.

nal, por convicción profunda y por juramento. Si faltando a las reglas del honor pretendiéramos imponer la primacía del poder militar sobre el poder civil, haríamos un deslucido papel interviniendo en materias que difícilmente podemos dominar.

La historia es pródiga en enseñanzas: prestar oídos a cantos de sirena de falsos políticos que sólo persiguen su propio interés, no provoca sino daños a las fuerzas de la Defensa Nacional. La experiencia habla por boca del Teniente General (R) Benjamín Rattenbach, ex Secretario de Guerra de la República Argentina, cuando escribe lo siguiente: "La influencia de tales intervenciones en la esfera castrense se manifiesta principalmente en cinco aspectos: en la disciplina, cohesión interna, instrucción, material de guerra y cuerpo de oficiales". Y después de ahondar en los cuatro primeros dice finalmente: "Por último, el cuerpo de oficiales resulta sensiblemente afectado en su calidad debido a este proceso. Es que el cadete u oficial joven que ha tomado parte en una revuelta política queda infestado mentalmente con ella para siempre. Su espíritu está predispuesto para intervenir de nuevo en cualquier ocasión y su calidad profesional queda resentida por ello hondamente. ¿Y qué decir de los jefes y oficiales superiores que lo han conducido a tal empresa?. Por eso, muchos profesionales militares opinan que un cuerpo de oficiales que ha tomado parte en una revolución no llega a ser saneado sino después de cincuenta años, esto es, cuando el último subteniente participante se ha ido al retiro". (*) .

Eventualmente podría presentarse el dilema de intervenir en momentos de caos, de responder al llamado de "salvar al país". Es el instante de mayor riesgo. En cuanto se comienza a dudar de la norma de prescindencia, el camino está abierto para la acción del político inescrupuloso, y el militar, inexperto en el juego de la política contingente, cree seguir la buena senda y comprueba demasiado tarde que los resultados defraudan sus intenciones. La buena fe no basta para ver claro en el complejo panorama del arte de gobernar.

Los conceptos fundamentales, ¿siguen siendo válidos?

Habíamos llegado en este ensayo a una etapa en la cronología de nuestra historia profesional en que el rumbo estaba claramente trazado por ciertas normas inmutables: cumplimiento del deber, honor, Patria, soberanía, nacionalidad, disciplina, tradición. No creemos pertinente detenernos en las dos primeras que nadie discute, pero no está demás analizar el resto, no porque estén en crisis en nuestras instituciones donde siempre han constituido la base de la formación militar, sino porque sirven a menudo de blanco a sectores externos interesados en sembrar la confusión.

¿Es anticuado el patriotismo?. Primeramente definámoslo: es el amor a la Patria en su más amplio sentido, en lo material y en lo inmaterial. Comprende, entre muchos otros aspectos, el amor al pueblo y a su bienestar, a la tradición y al ansia de progreso. No se precisan largas meditaciones para concluir que el concepto así definido mantiene en plena vigencia su acepción y se acentúa con el afán de desarro-

(*) Benjamín Rattenbach. "Las Fuerzas Armadas y la Política", Documentos Internacionales, número 6 - 7.

llo materializado en esfuerzos concretos. Un buen patriota anhela que su país prospere y que el pueblo tenga mejores condiciones de vida. Prat no sólo fue patriota en Iquique. También lo fue cuando dictaba clases nocturnas no remuneradas a los obreros de la Escuela Benjamín Franklin en Valparaíso.

¿Y la soberanía?. Siendo el ejercicio de la autoridad suprema, lleva implícita la generación del gobierno propio, la autodeterminación, la libertad para hacer regir el derecho impuesto por la mayoría, la facultad de impedir la intromisión extranjera en asuntos internos. Desde tales puntos de vista no cabe duda que Chile es un país soberano, y si se rebate la posibilidad de ejercer soberanía plena sin independencia económica, sólo se aporta un nuevo argumento en favor del desarrollo. Pero el debate de actualidad es dilucidar si en un proceso integrador hay cesión de soberanía. Recurramos nuevamente a Felipe Herrera: "Se pretende el robustecimiento de las soberanías nacionales en la soberanía colectiva, representada por las instituciones comunitarias libremente creadas por los estados integrados. Se desea evitar que la influencia predominante de las naciones superdesarrolladas avasalle de hecho en el plano de las decisiones internacionales la pretendida autonomía soberana de los pequeños países. En suma, se pretende crear un nuevo Derecho Internacional que conjugue la soberanía nacional en marcos más amplios que el del propio Derecho Público interno, sin abdicación ni subordinación a otra potestad soberana nacional, sino delegación de poderes en órganos de naturaleza internacional, regional o comunitaria, en forma similar a como los países latinoamericanos lo han hecho en organismos internacionales donde no desempeña un papel preponderante". (*) Palabras de claridad meridiana.

A menudo se culpa a los nacionalismos latinoamericanos del estancamiento económico de la región. Pero hay distintas clases de nacionalismos. No consideramos saludable aquél de carácter obtuso que se funda en la creencia en un destino superior señalado por la Divina Providencia a pueblos de su particular elección. Lo es, en cambio, y plenamente en la era actual, aquel que enfoca el futuro con sensación de confianza en la potencialidad para participar en el gran esfuerzo conjunto que permitirá ampliar el marco de nuestros intereses comunes.

La tradición, más que un concepto, es un sentimiento y no admite racionalizaciones. Se siente, se vibra con ella, pero no se discute. Cuando cientos de ex-cadetes convergen desde diversos puntos del país y del extranjero para decir adiós a la vieja casona donde se templó su alma juvenil, nadie se pregunta qué los atrae. Para quien no es capaz de vivir la emoción del momento ni experimenta la viada del devenir histórico, toda explicación está demás,

La disciplina

Deliberadamente hemos dedicado párrafo aparte a esta cualidad, columna vertebral de toda institución armada. Doctrinas extremistas la vilipendian y escarnecen tachándola de "carnerismo", esto es, de incondicional sumisión pasiva. La vemos debilitarse en las instituciones, en los grandes grupos humanos, en las Universidades. Incluso en el clero.

(*) Felipe Herrera, trabajo ya citado.

Para un cuerpo armado, la disciplina es el sometimiento consciente en la paz que conduce a la obediencia ciega en la guerra donde cualquier trepidación puede ser fatal. Bien sabemos que el hábito se crea sin abdicar en absoluto de la dignidad personal.

Es tal vez el principio más desdeñado en nuestra sociedad y, por eso mismo, cabe poner énfasis en la importancia que reviste en los cuerpos militares donde debe exigirse sin vacilaciones por dolorosas que sean las consecuencias. Como nunca antes se hace ahora imperativo aplicarla con firmeza y con justicia.

Podrá menoscabarse en muchas organizaciones públicas y privadas, laicas o religiosas, pero su desquiciamiento en una institución armada es inadmisibile por cuanto, al hacer el juego a los enemigos externos e internos de nuestra nacionalidad, pasa a ser sinónimo de traición.

Alternativas de acción

El camino hacia la integración como medio para superar el subdesarrollo conjugado con la realidad del mundo actual, configura una base para plantear el papel que nuestras instituciones deberán jugar en el futuro en el cumplimiento de su misión. Creemos que las alternativas a que podemos enfrentarnos pueden reducirse a tres: una agresión extracontinental, una agresión vecinal y un levantamiento interno.

1) **Hipótesis extracontinental.**— De difícil análisis dada la enorme desproporción de medios en juego en caso de no recibir apoyo de una superpotencia, las circunstancias actuales permiten, afortunadamente, catalogarla como la menos probable. La URSS y la China centran sus zonas de interés en Europa y Asia y la pugna entre las dos superpotencias apaciguada por el temor del poder termonuclear de represalia, no parece indicar que América Latina se transforme en campo de batalla. El hecho de estar ligados por el tratado Interamericano de Asistencia Recíproca que establece en su artículo 3 que "un ataque armado por parte de cualquier Estado contra un Estado americano, será considerado como un ataque contra todos los Estados americanos" nos otorga un poder de disuasión y quizás si una palanca que acelere un proceso de acercamiento ante un peligro exógeno.

2) **Hipótesis vecinal.**— En la etapa preliminar de avance hacia la integración en que nos encontramos y que equivale a los primeros balbuceos, sería candoroso descartar la posibilidad de conflicto entre países vecinos, en especial si se tienen en cuenta los numerosos problemas limítrofes latentes. Los propios países europeos que viven una etapa de estabilidad y que han delineado sus fronteras con toda precisión, mantienen fuerzas armadas en alto pie de eficiencia, aún cuando no sean miembros de la OTAN como Suecia o Francia. Y es que, por viejos, saben que "las leyes internacionales no tienen valor sin tropas". (*)

Habíamos dicho que para debatir las políticas comunitarias orientadoras en un plano de independencia, respeto y dignidad, era indispensable estar respaldadas por fuerzas de seguridad nacional y que no es cuerdo echar nuestro futuro sobre la mesa de las discusiones confiando únicamente en la buena fe de los demás. No se trata de propender a un armamentismo que consuma recursos necesarios para el

(*) Charles de Gaulle. "Le fil de l'épée".

desarrollo, pero es legítimo aspirar a un mínimo de medios de seguridad para actuar como nación libre y soberana en el concierto mundial. Así se cumple también con el requisito de integrarse con autonomía.

Es en esta alternativa donde nuestra razón de existir encuentra plena acepción y vigencia.

Como es imperativo para un hombre de armas considerar todos los probables conflictos independientemente de cualquier posición ideológica, existe la posibilidad de intervención de una Fuerza Interamericana de Paz, con o sin el respaldo de la superpotencia norteamericana. Seguros de antemano de la actitud del pueblo chileno ante tal eventualidad, no nos queda sino desear que ella no ocurra pues las consecuencias serían en extremo lamentables tanto para nuestro país como para el destino de América.

3) **Levantamiento interno.**— Llegamos a uno de los puntos más delicados y polémicos de la función de los cuerpos armados: su actuación como fuerzas de represión ante los alzamientos intestinos. Delicado porque nos coloca aparentemente en pugna con aspiraciones que pueden ser legítimas. Polémico porque se presta a muchas interpretaciones tergiversadas según el color del cristal con que se examine. Para los Estados Unidos, la defensa del orden interno es el desideratum, pero, para los sectores que se autodenominan anti-imperialistas, es la fórmula norteamericana para proteger sus intereses e inversiones. Para algunos, las fuerzas armadas representan el factor de tranquilidad que permite lograr, ora las metas de la integración, ora la mantención del statu quo. Para otros, son los agentes de represión que sofocan los anhelos de los pueblos.

La verdad es que no hay dilema ni razón para atormentarse buscando la vía entre posiciones extremas. No es papel de las fuerzas armadas defender o combatir ideologías o intereses de grupos sino cumplir el mandato constitucional que la nación soberana le indique a través del gobierno libre y legalmente elegido. En lo interno deben limitarse a proteger el orden o a dominar las trasgresiones al mismo sin analizar sus objetivos, como toca a fuerzas no deliberantes y, mientras se mantengan en este predicamento no podrán ser tachadas de agentes de coerción o de freno al desarrollo. El papel ingrato que se pretende atribuirles cuando actúan en labores de seguridad interior no tiene tal carácter, pues no se reprime un ansia de progreso social sino un apartamiento de los cauces legales. Serán, en cambio, un baluarte contra las presiones que traten de imprimir al país rumbos distintos de los que impone la mayoría ciudadana.

* * *

En el umbral de grandes transformaciones que marcan la iniciación de una era y mientras el mundo desvaría clamando por un cambio impreciso de estructuras, nuestras Fuerzas Armadas conforman un grupo institucional jerarquizado que extrae su vigor de los valores morales y humanos más que de esquemas orgánicos. Sus miembros contemplan la confusión reinante con la íntima conciencia de estar cumpliendo en todo momento una función vital y con la satisfacción de ejercer una carrera que da a sus vidas un sentido profundo.

El país nos observa. Espera que, con capacidad y eficiencia, aportemos nuestra cuota de esfuerzo y sacrificio en la salvaguardia del porvenir, indisolublemente ligado al del continente entero. Nuestra responsabilidad es grande.

Más si es seria la obligación que nos incumbe en la construcción del futuro, tenemos afortunadamente faros que nos guían y ejemplos que nos ayudan a combatir la incertidumbre reinante: O'Higgins forjador de la nacionalidad, artífice del naciente poder militar chileno y creador de la Primera Escuadra Nacional. Portales, que nos marcó la senda del profesionalismo. Prat, que sin alardes estridentes y con esa modestia que sólo se anida en las almas superiores, acaparó en su persona las más nobles cualidades humanas.

El crecimiento innegable de la estatura moral del héroe de Iquique con el correr de los años, simboliza la inmutabilidad de los más sanos principios militares y funde en un bloque monolítico las glorias del pasado, la actitud serena y resuelta ante el presente y el optimismo en un porvenir victorioso.



Capitán Pedro Angulo Captura Cinco Buques y un Estandarte

El título parece una fantasía, sin embargo ocurrió. Fue a principios del año 1825, cuando el Capitán de nuestra Marina Mercante, Pedro Angulo, hecho prisionero en El Callao, fue enviado después del triunfo de Ayacucho, a la isla Guaham en el Archipiélago de las Marianas, a bordo de la fragata "Clarrington" allí fue transbordado al bergantín "Aguiles", donde ayudado por otros diez prisioneros sudamericanos, se adueñó del buque y con la bandera chilena al tope, lo condujo a Méjico para arribar finalmente a Chile el 23 de junio de 1825.

Obsequió el bergantín "Aguiles" al Gobierno de su Patria y por este generoso gesto, se le nombró Capitán de Corbeta de la Armada Nacional. Fue este, el primer buque capturado por Angulo.

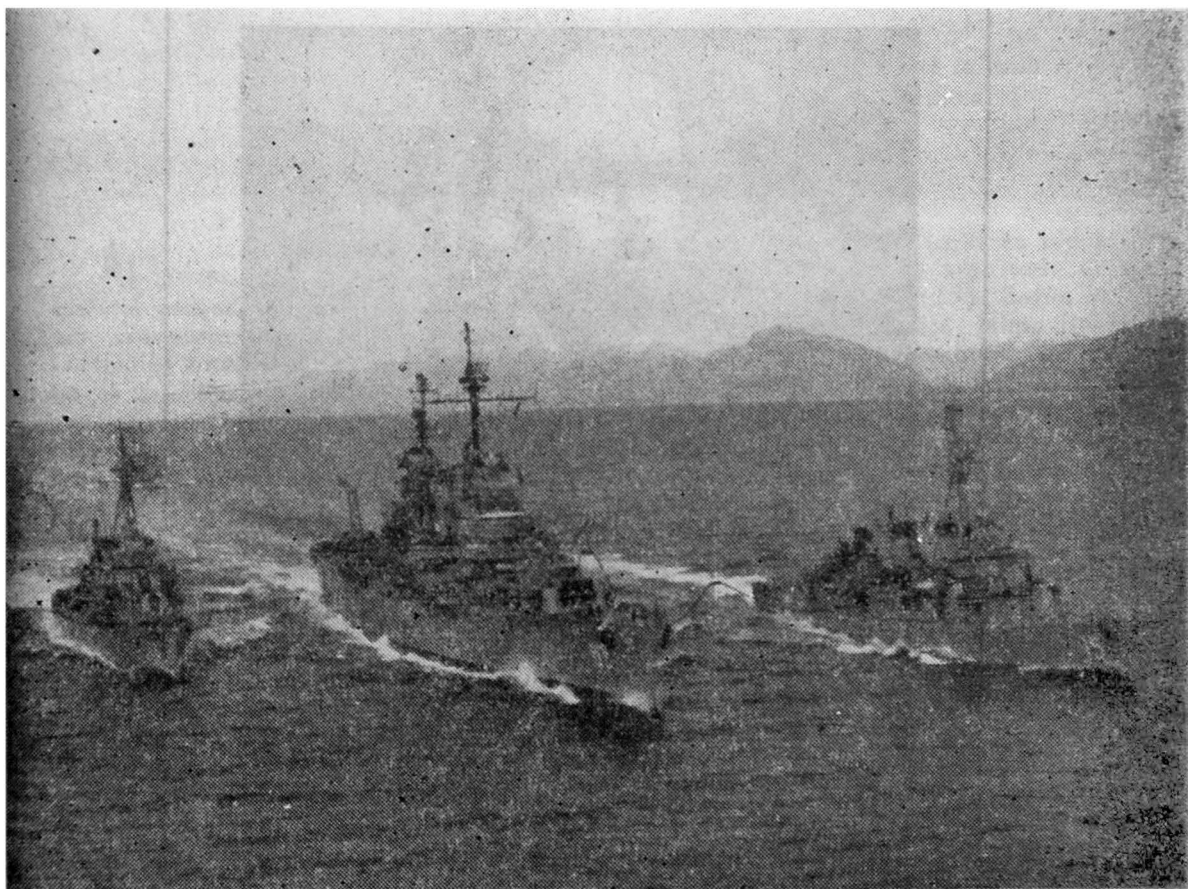
En el año 1836 el General Ramón Freire alquiló en el Perú la fragata "Monteagudo" y el bergantín "Orbegoso", con el propósito de llevar a cabo un golpe revolucionario desde Chiloé contra el Gobierno de Prieto y Portales. El "Orbegoso" llegó al puerto de Ancud, pero la "Monteagudo" recaló en Juan Fernandez y con su tripulación sublevada siguió a Valparaíso. Antes de llegar a su destino fue interceptada por el "Aguiles" y una vez capturada, fue entregada a las Autoridades.

Este era el segundo buque apresado por Angulo.

En la expedición del Coronel Victorino Garrido a El Callao, el Capitán Angulo mandaba una vez más su bergantín "Aguiles", y en la noche del 21 de agosto de 1836, en El Callao se apoderó por asalto de la barca "Santa Cruz", bergantín "Arequipeño" y goleta "Peruviana", los que condujo con bandera chilena a Valparaíso.

Con estas tres presas, se completaban cinco naves capturadas por el Capitán Angulo, todas ellas entregadas al Gobierno de su Patria. Completaron sus triunfos, un estandarte español, arrebatado personalmente en el año 1826, de una lancha cañonera española en Ancud, la que quiso obsequiar personalmente a su jefe, el Almirante Blanco Encalada.

Tal fue el valioso concurso del Capitán de Corbeta Pedro Angulo, a nuestras nacientes fuerzas navales. El nombre de este heróico Capitán no ha merecido aún el tributo de gratitud que merece en la Historia. Sólo se conocen sus descendientes un pequeño retrato al óleo suyo, que se exhibe en el Salón de Honor de nuestro Club Naval.



El CL. "O'Higgins" y los DDs. "Cochrane" y "Blanco" en maniobra Logos, durante ejercicios en nuestro mar austral.

